¡HAY UNA CARTA PARA TI¡

Querido/a abuelo/a:

Con todo lo que está pasando con el ya conocido coronavirus, quiero que sepas que no estoy desaprovechando el tiempo, leo, escribo, hago deberes, clases online,…

Siento que lo que estamos haciendo toda la sociedad es tener responsabilidad, con nuestros mayores, con nosotros mismos, con nuestras familias,…

En este tiempo, que estamos confinados y es nuestra obligación, creo que estamos conociendo mucho más a nuestras familias, desde manías que no notábamos a gestos que antes no les hubiéramos dado importancia porque íbamos siempre con prisa.

Sé que es duro vivir confinados pero seguro que vale la pena.

Me gustaría saber también como lo está llevando.

-¿Qué hace durante el día?

-¿Cree que deberían añadir más contenido en televisión o radio?

-¿Cómo está su ánimo últimamente?

No quisiera decir adiós sino un hasta luego, porque espero que cuándo todo esto pase sigamos relacionándonos como sociedad tras haber superado una pandemia.

Le añado un cuento, que demuestra valores como, empatía, escucha activa, amistad,…

**El deseo del pajarito azul**  
Érase una vez un hermoso pajarito azul que vivía en un árbol que crecía altivo en la cima de una montaña. Desde ese privilegiado lugar se veía el mar y se podía escuchar el sonido de las olas batiendo contra las rocas, disfrutar de la penetrante brisa marina, y contemplar cada noche un enorme sol naranja sumergiéndose en las aguas hasta la llegada del nuevo amanecer.

Además de esas impresionantes vistas, el pajarito azul disfrutaba de las ventajas de ser ave. La mayor de todas era que podía ensayar un montón de acrobacias en el aire, pero también hacer cosas muy chulas como atrapar bichitos al vuelo o, en los meses de verano, revolotear entre las esponjosas y húmedas nubes para quitarse el calor y volver fresquito al nido.

Curiosamente, aunque su vida parecía envidiable, el pajarito azul no se sentía plenamente feliz. Él tenía un sueño, y ese sueño, como suele suceder, tenía que ver con algo inalcanzable para él. Lo que más anhelaba, lo que más deseaba en el mundo el pajarito azul, era aprender a nadar. Por esta razón, mientras sus amigos disfrutaban picoteando cerezas o haciendo carreras en las praderas cercanas, él se pasaba horas viendo las cabriolas que a lo lejos, hacían los delfines.

Completamente pasmado, se repetía una y otra vez:

-¡Cuánto me gustaría haber nacido pez!… Si pudiera cambiar mis alas por aletas no me lo pensaría dos veces.’

Tanto se obsesionó con la idea que llegó un momento en que perdió interés por todo lo que le rodeaba. El pajarito azul dejó de comer y poco a poco se fue quedando  pálido, flacucho, sin fuerzas. Su madre,  preocupadísima,  le advirtió:

-Hijo mío, no puedes seguir así. Deberías estar pasándotelo bien con tu pandilla y no todo el día metido en casa sin hacer otra cosa que mirar el mar. Tú eres un pequeño pájaro y nunca podrás nadar ¿Es que no te das cuenta?… ¡Anda, ve a dar una vuelta que hace un día espléndido!

Aunque estas palabras tenían la intención de animarlo no sirvieron de mucho; al contrario, el joven pajarillo se sintió todavía más deprimido y, en cuanto su mamá se alejó, se puso a llorar amargamente sintiendo que nadie en el mundo le comprendía.

En eso estaba cuando una gaviota de pecho blanco que pasaba por allí se posó a su lado y le dio unas palmaditas en el lomo con una de sus robustas patas amarillas.

-¿Se puede saber qué te pasa, pequeñajo? Por tu tristeza deduzco que estás metido en un problema bien gordo.

-El pajarito azul la miró de reojo un poco avergonzado. No sé si es un problema, pero lo cierto es que me siento fatal.

La gaviota se sentó, dispuesta a escuchar la historia.

-No tengo nada mejor que hacer así que soy toda oídos. Si compartes conmigo eso que tanto te agobia quizás pueda ayudarte.

El pajarito seguía sin apartar los ojillos encharcados en lágrimas del infinito mar azul. Por fin, fue capaz de soltar todo lo que llevaba dentro.

-¿Ves lo increíble que es el océano?  ¿Y ves lo cerquita que está?…  Desde que nací mi gran ilusión es aprender a nadar.

-¿Ah, sí?… ¿Y por qué?

-Para saltar las olas, para comprobar si el agua es tan salada como cuentan, para flotar boca arriba como un tronco a la deriva… ¡y para explorar el fondo en busca de corales!

La gaviota sintió mucha lástima por él y se mantuvo en silencio durante unos segundos. ¡No pedía poca cosa el muchachito! Finalmente, decidió opinar.

-Aunque no me creas, te aseguro que puedo entender tu frustración: eres un pájaro que quiere nadar y no puede nadar… ¿No es así?

-Sí, y por eso yo…

-Escúchame bien lo que te voy a decir: todos los seres del mundo, del más pequeño al más grande, tenemos un montón de virtudes, pero también algunas limitaciones que debemos aceptar con naturalidad.  ¿Es que nunca te has parado a pensar sobre ese tema?

El pajarito azul se sintió bastante apurado.

-La verdad es que no mucho.

-Pues no tienes más que fijarte en los demás.  Por ejemplo… ¡mira hacia ahí! ¿Ves esos humanos que pasean descalzos por la playa? ¡Dicen que son los seres más inteligentes del planeta Tierra! Poseen un cerebro tan desarrollado que son capaces de construir sofisticados cohetes que atraviesan el espacio y se posan en la Luna, pero ¿sabes una cosa? ¡Jamás podrán volar por sí mismos como nosotras las aves, ni correr a la velocidad de los guepardos, ni saltar de rama en rama al estilo de los gorilas!

El pajarito azul se relajó un poco, fascinado por la explicación de la sabia gaviota.

-¿Y qué me dices de nosotros los animales? ¡Todos tenemos capacidades diferentes! Los peces saben mejor que nadie cómo es el mar, pero nunca conocerán el placer de saborear un arándano. Los topos pueden excavar los más largos túneles, pero están condenados a vivir en la oscuridad cubiertos de polvo. ¡Por no hablar de los elefantes, siempre arrastrando toneladas de peso allá donde van!…  En cambio tú puedes comer  fruta fresca, disfrutar del  aroma de las flores, bailar sobre la brisa porque eres ligero como un pedacito de algodón…

El pajarito empezaba a comprender lo que su nueva amiga quería transmitirle.

-Sin ir más lejos ¡fíjate en ti y en mí! Es cierto que como nací gaviota me lo paso bomba pescando en ese mar que tanto miras, pero soy tan grande que no puedo jugar al escondite entre los matorrales porque me destrozaría las alas. ¡Ah!,  y mejor no hablar de los terribles graznidos que suelto cada vez que muevo el pico… ¡No todos hemos nacido con esa voz melodiosa que tenéis los de tu especie, querido mío!

Las palabras de la gaviota calaron hondo en el corazón del pajarillo que, por primera vez en mucho tiempo, empezó a sentirse afortunado de ser quién era.

-¡Tienes razón! La naturaleza ha sido generosa conmigo  y por culpa de mi cabezonería me estoy perdiendo muchas cosas.

La gaviota no pudo evitar inflar el pecho de satisfacción.

-¡Me alegra que hayas captado la idea! Estaría genial que te centraras en lo que se te da bien,  en lo que puedes hacer. Todos tenemos talento para algo y las aves azuladas sois unas cantoras excepcionales.

La gaviota no mentía: a excepción de los jilgueros y los ruiseñores, ningún ave en muchos kilómetros a la redonda podía presumir de un trino tan suave y afinado.

En la escuela de música que hay junto a la cascada imparten clase los mejores profesores de la zona. Se me ocurre que podrías recibir lecciones de canto un par de días por semana  y entrar a formar parte de un coro.

En la cabecita del joven pájaro empezaron a surgir nuevos planes de futuro.

-No es mala idea… ¡Quizá pueda perfeccionar mi técnica vocal para llegar a ser un gran tenor!

La gaviota se alegró al ver que el pajarito azul iba recobrando  la ilusión.

-¡Bravo, amigo, esa es la actitud! De todas maneras, hay una cosilla más que debes aprender hoy.

El pajarito azul la miró intrigado.

-¿El qué, amiga gaviota? ¿A qué te refieres?

-Has entendido que debes aceptar tus limitaciones ¿verdad?

-Sí, gracias a ti, ahora lo sé.

-Y ves claro que nunca podrás bañarte en el océano ¿no es cierto?

-¡Con una claridad meridiana!

-Muy bien, veo que eres un chico listo, pero…

-¡¿Pero qué?!…

-Pues que  yo me refería a que no podrás hacerlo tú solito.

-¿Cómo?… ¿Qué insinúas?…

-¡¿Para qué están los amigos?!  ¡Venga, súbete a  mi lomo que nos vamos de aventura!

-¡El pajarito azul se volvió loco de contento! Sin pensarlo saltó sobre la gaviota y se agarró lo más fuerte que pudo a las plumas de su nuca. Casi no le dio tiempo ni a tragar saliva antes de escuchar el aviso de salida:

-¡Tres!… ¡Dos!…  ¡Uno!… ¡Despegue!

Cuando su amiga cogió velocidad y empezó a volar montaña  abajo como si fuera un torpedo, el pajarito azul empezó a gritar entusiasmado:

-¡Ahhhhh!… ¡Uhhhhhh! … ¡Esto es alucinante!

Antes de que pudiera darse cuenta ya estaba ahí, sobrevolando el ancho mar, respirando el fuerte aroma a sal, y notando el corazón galopando dentro del pecho como un caballo desbocado.

-¿No querías sentir el océano?… ¡Pues vamos a verlo todavía más cerca!

La gaviota dio un giro sorprendente y batió las alas como una loca. Seguidamente, y con una destreza digna de una deportista de élite,  se situó a ras de agua, puso las alas en forma de cruz, y empezó a deslizarse con las patas sobre la superficie como si estuviera haciendo esquí acuático.

¡El pajarito azul estaba completamente fascinado!

Por fin, cuando parecía que la emoción había llegado al límite, hubo una última sorpresa: la gaviota se zambulló sin avisar dentro del agua y buceó unos segundos para que su pequeño amigo pudiera disfrutar del silencioso e increíble mundo natural que escondía el fondo del mar.

Nadie puede imaginar lo que esa increíble experiencia supuso para el pequeño pájaro azul. Había cumplido su sueño gracias a la bondad de una desconocida gaviota blanca de patas amarillas que se cruzó en su vida en el momento que más lo necesitaba ¡No podía sentirse más dichoso!

De vuelta en el nido, la abrazó muy fuerte.

-¡Tanto tiempo esperando este momento!… No existen palabras suficientes para agradecerte lo que acabas de hacer por mí. ¡Has convertido mi día más triste en el más feliz de mi vida!

-¡Paparruchas, no hay nada que agradecer! Fue un placer compartir un momento tan mágico contigo, pero espero que a partir de ahora te aceptes tal y como eres. La vida está para disfrutarla, nunca lo olvides.

-Lo haré, amiga, lo haré.

-En fin, debo irme. Si algún día te apetece bajar hasta el mar y pasar un buen rato, silba fuerte y vendré pitando ¿de acuerdo, pajarillo marinero?

-¡Eso está hecho!

Sin decir nada más, la gaviota le guiñó un ojo y emprendió el vuelo.  Mientras se alejaba, el pajarito azul notó cómo una lágrima de felicidad resbalaba por su mejilla. Se la secó con su alita, suspiró profundamente, y abandonó el nido. ¡La escuela de música le estaba esperando!

Nos vemos y nos leemos pronto, muchos besos.

Mirian .